

FRANCIA

Ha muerto Boegner, pionero del ecumenismo

El pastor Marc Boegner ha fallecido como un venerable patriarca del protestantismo francés.

Fue iniciador y promotor del ecumenismo desde su principio. En 1919, la reunión preparatoria de la primera Asamblea ecuménica —que sólo se celebró en Estocolmo en 1925— tuvo lugar en París. En 1927, en Lausana, vuelve a reunirse —con buena representación francesa— la segunda Asamblea, que es de carácter doctrinal y se llamó *Fe y Orden*, a diferencia de la primera, de orden práctico, cuya

cido al de Juan XXIII— le lleva a comprender —cosa difícil para un protestante de entonces— que el catolicismo romano va a dar un fuerte viraje, y que aceptará —como así fue— el lema del protestantismo: «La Iglesia siempre está necesitada de reforma» (Decreto de Ecumenismo, n.º 8).

Sabe —como buen calvinista— la reticencia del protestantismo francés contra el catolicismo; pero su independencia y equilibrio cartesianos le llevan a alliar un fuerte sentido ecuménico favorable a la Iglesia católica y una decidida fe reformadora. La mejor prueba es su comentario sobre la Iglesia que fue anterior a la implantación del protestantismo: «Los protestantes conocen la molesta tendencia que tienen un cierto número de ellos de creer que, después del tiempo de los Apóstoles hasta la Reforma del siglo XVI, todo lo ocurrido en la Iglesia no han sido nada más que deformaciones, preponderancia de las tendencias humanas sobre las enseñanzas de la Sagrada Escritura, errores y, en fin de cuentas, corrupción. Pero yo no comparto de ningún modo este punto de vista». Afirmación bastante más comprensiva que la de muchos historiadores o pensadores católicos acerca de la historia de la Iglesia desde el principio.

Supo escribir excelentes páginas sobre la Iglesia en un lenguaje perfecto



denominación fue *Vida y Acción*. Boegner colabora en estos actos ecuménicos, pero hasta la Conferencia de Oxford y Edimburgo, en 1937, no participa personalmente.

Todo ello lleva a la Iglesia católica a invitarle como observador del Concilio Vaticano II, siendo presidente de la Federación Protestante de Francia, la cual engloba a los principales grupos evangélicos —calvinistas y luteranos— del país vecino.

Su actuación durante el Concilio es notable: su optimismo realista —pare-

—era un culto miembro de la *Academia Francesa*—, y no dejó nunca de interesarse por el protestantismo español. Favoreció la ayuda económica, cultural y moral a la Iglesia Evangélica española, que siempre tuvo algún calificado representante francés en sus Asambleas; y sus pastores se han doctorado en la Universidad de Montpellier.

Durante el Concilio pasó en Roma por momentos difíciles para el ecumenismo, cuando tuvo que oír, por ejemplo, en Oficina de Prensa del Vaticano

LOS HECHOS TIENEN LA CABEZA DURA

Determinantes del Ruedo Ibérico

Por ENRIQUE RUIZ GARCIA

Cuando Valle-Inclán se instala en el mirador del Ruedo Ibérico percibe, con solitaria intuición, que el tratamiento literario idóneo del drama de una sociedad desarticulada tenía que ser, artísticamente hablando, la deformación. Inventa así una esfera óptica —el *esperpento*— que le permite conciliar la economía de los medios de expresión con *lo real*.

La repetición, tipificación y homologación de ciertos fenómenos históricos —dejemos a un lado, por breve momento de gracia, su peculiar dramatismo para ejercitarnos en un lenguaje impersonal y racional— permite pensar que *no se trata de hechos aislados entre sí, románticamente independientes, sino al contrario, de hechos estructurales*.

En efecto, el modelo de algunas crisis nacionales, reinstaladas en la retórica de una explicación que reduce las cosas al anatema, reedita esa cuestión sobresaliente: *que su estructura —el conjunto de proporciones y relaciones que caracterizan una organización social localizada en el tiempo y en el espacio— no se ha modificado o que, a su vez, las formas de conciencia social dominante impiden su racionalización*.

El mito es lo contrario del logos, está inmerso en la reiteración ritual, en la condenación descalificatoria y se niega a considerar, etiológicamente, las causas de los fenómenos. La mitificación de las respuestas, sucedidas siempre *al mismo nivel*, desplazan los hechos con las palabras y las palabras, para sostenerse, requieren la asistencia de la fuerza. La retórica comienza siendo un pretexto dialéctico que oculta las formas sociales vivas y termina fundamentando la mecánica de la opresión. Está en su naturaleza.

Al juzgar el Antiguo Régimen, hace Marx un penetrante análisis, no exento de ironía y de fuerza vital —aspectos que apenas han sido facilitados a la comprensión colectiva, porque la cautela invitaba a la falsificación y el fervor a lo puramente repetitivo—, que le permite afirmar *que el Antiguo Régimen no era ya nada más que la comedia de un orden del mundo cuyos héroes reales, cuando se enfrentaba con su fin, ya habían muerto*. Citará, como culminación, un factor más de connotación ideológica: los dioses griegos, que ya habían sido heridos de muerte, pero trágicamente, en el *Prometeo* de Esquilo, volverán a morir de nuevo, pero cómicamente, en los *Diálogos* de Luciano.

Al adentrarse en dos siglos españoles, espacio natural de una experiencia histórica *sin historia revolucionaria a fondo*, Valle-Inclán —que vivía también los paroxismos— *no encontrará, cierto, las claves de la crisis —unos burgueses sin burguesía, unos revolucionarios sin revolución, unas clases dominantes sin economía industrial—, pero sí la fórmula que le permitiría la aprehensión literaria de una realidad que sólo deformada podía ser entendida lógicamente*. Por un inimitable intersticio de las formas culturales y políticas, Valle-Inclán —en el *Ruedo Ibérico*— aceptaba, sin saberlo, la agudísima observación de Marx: *La última fase de una forma histórica es su comedia*.

Dice Heidegger que los hechos, por conflictivos que sean, transportan con ellos, coherentes, envueltos en la urdimbre de sus riesgos, la respuesta requerida y necesaria. Lo que no puede aceptarse es que los conflictos sean manipulados como pruebas de lo contrario de lo que son sin que, a la larga, la comedia sea una tragedia, pero con sus héroes reales tiempo atrás convertidos en literatura valleinclanesca. Su sólo estar crea una óptica donde la política, la economía y la ideología sobreviven mediante un esfuerzo inimaginable en la vida racional: dándose a la apariencia de las cosas la categoría de hechos y a los hechos la significación de lo inexistente. Es el mismo género de asombro que tuvo, según Chamfort, la hija de un gran personaje despótico cuando aprendió a contar. Sumó sus dedos y vio que eran cinco. Se acercó a los de su aya y se atrevió a decir: «¿Cómo es posible? ¡Tú también tienes cinco!». Esa sorpresa dramática sobresale, poderosa, de toda explicación del Ruedo Ibérico cuando se cree, tecnocráticamente, que los hechos sociales pueden eludirse ya con las palabras.

al obispo Monseñor Canestri decir: «Tomemos el ejemplo de un sacerdote que se pasa al protestantismo. ¿Tiene derecho a la libertad religiosa? De ninguna manera, porque no puede hacerlo de buena fe, sino movido por el deseo de dinero, por ambición o por orgullo». A pesar de estas intemperancias romanas, en sus conferencias durante el Concilio, en 1964, por la unidad cristiana tuvo como auditorio a los cardenales Feltin, Gerlier, Richaud, Köenig y Bea. Su veneración por su espíritu gemelo, el Papa

Juan XXIII, fue enorme, y afirmó que «fue el protagonista de un acontecimiento profético, que provocó un movimiento profundo en las Iglesias y dio lugar a un clima nuevo».

— Ese mismo clima que creó él mismo en el cerrado protestantismo francés, y por el cual le nombraron —después de jubilado— presidente honorario de la Federación Protestante. Este hombre de casi noventa años, que abrumaba por su cultura y su delicadeza, al dejarnos produce un vacío en el ecumenismo. ■ E. MIRET.